

Suscribient

En Murcia,
50 cts. al mes
Provincias,
8 reales tri-
mestre.
Pago adelan-
tado.

LA JUVENTUD LITERARIA

Se publica los Jueves y Domingos.

Año II.

Murcia 10 de Febrero de 1889.

Núm. 14

Anuncios.

Se reciben
en la Admi-
nistración de
este periódico
Comunica-
dos, á precios
módicos.

Anuncio-tarjeta y periódico 4
reales al mes.

Número suelto 25 céntimos.

Redaccion y Administracion

APÓSTOLES 11, BAJO.

Colaboradores todos los suscri-
tores.

La correspondencia al director.

La Juventud Literaria.

LOS CASADOS.

Uno de los actos más trascenden-
tales de la vida del hombre es el
tomar estado, unirse á la mujer que
según las leyes, ha de ser su com-
pañera hasta la muerte.

Y, precisamente, por ser el acto
más serio, más grave de la vida, lo
acometemos hombres y mujeres con
la mayor ligereza y desenfado, co-
mo el que se muda de camisa.

Causa admiración el modo como
se ayuntan las matrimoniales pare-
jas, sin estudiarse detenidamente el
uno al otro; sin que á los defectos
notados se les dé importancia, espe-
rando la enmienda para lo futuro,
como si el carácter y las inclinacio-
nes se cambiaran de un día á otro.

Así sale ello.

Luego vienen las quejas, las re-
convenciones, los gritos mayúsculos
y aún los palos. Resultado de las
impremeditaciones y de la ligereza
en cosa para tan meditada; el mar-
tirio, via-crucis, que termina en el
calvario, si se camina por la legali-
dad ó por la ruptura, dando al tras-
te con la ley y maldiciendo á los le-
gisladores, que tal hicieron, decla-
rando eterno el contrato.

La práctica demuestra que esta
ley, es toda artificio humano, no
tiene nada de natural puesto que las
partes contratantes la rompen y des-
hacen á su antojo ó, mejor dicho,
por la conveniencia mutua de los
que se obligaron.

De todas suertes, sea que la ley
declare indisoluble el matrimonio,
sea que admita el divorcio, la verdad
es que nunca pierde el acto su ca-
rácter trascendental. No es cosa de
juego la unión de dos seres que han
de procurar su felicidad, que van á
ser germen de nueva familia, que
se deben á sus hijos y que han de

obrar como racionales, con la dig-
nidad y comportamiento que les es
propio, si la sociedad ha de conside-
rarlos y respetarlos. Sin embargo
de todo esto se juega al matrimonio,
como se podría jugar á cualquiera
otra cosa, que solo fuera motivo de
accidental entretenimiento.

Verdad es también, que la mayo-
ría de los que se casan, ni segura-
mente merecen, por falta de con-
diciones morales é intelectuales,
contraer el augusto vínculo.

Hay seres, que son más dignos de
uncirlos á una carreta que no al
yugo matrimonial; porque desde
luego se muestran indignos de crear
familia.

Cierto es que sucede algunas ve-
ces que, después de mucho escojer
y meditar sobre la elección de pare-
ja, se suele tropezar con lo contrario
de lo que se busca; es decir, que
sucede precisamente aquello «de
huyendo del peregril...», pero esto,
que es una desgracia, debe conside-
rarse como una excepción de la
regla.

La mujer que se casa á sabiendas
con un borracho ó un jugador, te-
norio, de cualquier estofa que sea,
no tiene derecho á quejarse de su
suerte, pues merece encima algo
más de lo que la ha de pasar, que
no es poco. Y casualmente las mu-
jeres de nuestros tiempos, y yo
creo que en todos habrán sido lo
mismo, con tal de casarse, son ca-
paces de echarse á perros; como si
no fuera más digno y decente man-
tenerse libres, que no amarradas á
una bestia con figura humana, lle-
na de vicios que, después de hacer-
las infelices, causa al mismo tiempo
la desgracia de sus hijos y la mise-
ria de todos.

El hombre que á su vez escoje
mujer coqueta y loca, ó despilfarr-
da, ó estúpida, ó puerca, es acre-
edor á una albarda, aunque la que
se echa encima no es mala del todo

y bien merecida la tiene.

Cada oveja con su pareja; por
más que hay parejas que lo son de
bueyes, más que parejas humanas.

Y sobre todo, no hay que perder
de vista en este asunto, magno por
excelencia, la cuestión de conformi-
dad de caracteres, de gustos y apti-
tudes, precedidos de aquella mutua
atracción de dulce simpatía que
conduce al amor noble y puro,
hermoso sentimiento exclusivo de
los humanos seres, que aun solo por
este concepto los hace superiores á
todos los demás.

En resumen: no se debe jugar al
casamiento; porque es la base de
nuestra dicha, de nuestro porvenir
y hasta de nuestra felicidad.

Nada de ligerezas ni atropellos en
asuntos de trascendencia como este,
donde ni aun escogiendo se acierta
siempre con lo mejor y más adecua-
do á la posición y al carácter de los
interesados.

Un mal paso dado en este sentido
es una ruina, una especie de suicidio
moral, que nos estará royendo el al-
ma toda la vida, si tenemos corazón
para sentir y alguna dignidad y
conciencia.

Pensemos siempre en esos hijos,
que vendrán luego, y á los que no
querremos verlos desgraciados, su-
midos en la miseria del cuerpo y del
espíritu.

Los hijos son el «yo» más allá de
nosotros mismos, la renovación de
nuestro ser, al que deseamos toda
clase de felicidades.

R. Garcia Rojas.

A «EL CORREO MURCIANO»

No nos hemos equivocado.

Teníamos el convencimiento de que
no otro periódico local que «El Correo
Murciano» se encargaría de desfacér el
agravio.

